

SERMON

DE SAN ISIDRO LABRADOR.

(DE SANTANDER.)

Ecce homo agricola iste fuit, quoniam Adam exemplum ejus ab adolescentia sua ad serviendum Deo viventi.

Hé aquí este hombre de oficio labrador, de quien fué ejemplar Adán desde su juventud para servir á Dios vivo.

La iglesia en el oficio de este día.

Admirable es Dios, decía san Agustín, en la hermosa fábrica del universo: admirable en la inmensa grandeza de los cielos, en la asombrosa muchedumbre y variedad de las estrellas, en el rápido movimiento del sol y la luna, y en sus benignas influencias: en la fecundidad y firmeza de la tierra, en su hermosura, en su estabilidad y en la multitud de sus producciones, en la variedad de sus plantas, en lo sazonado de sus frutos, en la preciosidad de sus minerales, en el instinto de tantos vivientes que por todas partes la pueblan y habitan: admirable es Dios en el asombroso conjunto de las aguas de que formó los mares, en la estupenda elevación de sus olas, en sus perennes flujos y reflujos, en sus senos, sus playas y sus golfos, y en la infinita muchedumbre de sus peces: admirable en la fuerza incontrastable de los vientos, y en sus incomprensibles y extraordinarios movimientos, ya rectos, ya oblicuos, ya suaves, ya impetuosos: admirable en la actividad exterminadora del fuego que consume y aniquila cuanto se le acerca. En suma, Dios es admirable en la creación de los cielos y la tierra y de todos los elementos. Pero aunque esta sea una verdad patente á todos cuantos tienen ojos para ver las obras maravillosas del Ser supremo: aunque sea una verdad que nos manda publicar el real Profeta cuando dice: *Narrate omnia mirabilia ejus*, aparece

sin duda incomparablemente mas admirable el Señor en la elección eterna de algunas criaturas, á quienes entresaca y segrega de la masa comun de los vivientes para que sean agradables á sus divinos ojos, y consigan llenas de méritos y virtudes un trono muy señalado en la bienaventuranza.

¡Qué cosa á la verdad mas admirable que ver á los Fernandos, Luises y Casimiro sobre el trono (lugar tan á propósito para llenarse de orgullo, vanidad y soberbia) tan humildes, tan dóciles, tan piadosos y caritativos! ¡Qué cosa mas admirable que ver á los Danieles, Josefes y Samueles en las cortes de los mayores príncipes, y rodeados de una inmensidad de negocios, con un espíritu de tranquilidad y retiro interior que podrian envidiar los Arsenios, Pablos y Pacomios! ¡Qué cosa mas admirable que ver á un hombre sin literatura practicar la ciencia de los santos, y llenar de una saludable confusión á los sabios del siglo! Un hombre que no contaba entre sus ascendientes famosos conquistadores, grandes capitanes ni otros personajes ilustres por las armas y las letras; pero que supo vencer los poderosos enemigos de su alma y conquistar el reino de los cielos. ¡Qué cosa en fin mas admirable que ver á un pobre labrador declarado patrono de la mas brillante corte de los monarcas españoles, adorado de los pueblos, colocado sobre los altares, y hecho digno objeto de la presente solemnidad! Verdaderamente, amados míos, que aunque Dios sea admirable en sus santos, lo es mucho mas en san Isidro, llamado por Dios á los penosos ejercicios de labrar los campos, y hecho una viva copia de Adán, sometida y obediente á los preceptos del Altísimo. « He aquí este hombre de oficio labrador, de quien fué ejemplar Adán desde los años de su juventud, para conformarse con él en el servicio de Dios vivo. » Palabras que la santa iglesia le aplica en el divino oficio de este día, y que yo elijo para formar su elogio.

Celebrad vuestra felicidad, ilustre congregación y devoto pueblo, en tener á vuestra vista un santo cuya vida podeis imitar: una vida en que no hallaréis las espantosas penitencias de los anacoretas, los horribles tormentos de los mártires, ni los sudores y afanes literarios de los santos padres y doctores. No tendreis ya excusa para no ser santos ni en la falta de vuestros talentos, ni en la debilidad de vuestra salud, ni en que no os hallais con fuerzas para entregar vuestro cuerpo á manos de los

verdugos. Isidro os enseña que podeis ser santos como él, siendo casados, siendo labradores, siendo pobres, cuidando de vuestras casas, cultivando vuestras haciendas; pero siendo devotos, afables, benignos, modestos, misericordiosos y mortificados. En una palabra, siendo hombres de bien como lo fué Isidro, sereis santos. Ved aquí el verdadero carácter de san Isidro, *un hombre de bien*: este será el asunto de mi sermón, y el objeto de vuestra atención é imitación en este día y en todos los de vuestra vida. No penseis que es elogio poco correspondiente á las grandes virtudes de nuestro santo. Creed firmemente que nada hay mas comun que llamarse los hombres *hombres de bien*; pero nada mas raro que serlo efectivamente. Vosotros vereis en estas dos palabras un conjunto de acciones tan heroicas, que con dificultad hallaremos voces para explicarlas, si la divina gracia no nos acompaña. Pidámosla al Señor por la intercesion de su beatísima madre, á quien devotos alabaremos diciendo: *Ave María*.

Aunque sean innumerables los objetos que se le presentan al hombre cuando aparece en este mundo, tres son los mas principales, y que mas deben llevarle la atención; conviene á saber: Dios nuestro Señor que le crió sacándole de la nada, y dándole vida, inteligencia y movimiento: el prójimo que es su semejante; y el mismo hombre compuesto de alma y cuerpo con diferentes pasiones y apetitos. De que se sigue que el hombre para obrar debidamente es forzoso que tenga y cumpla ciertas obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Piensan no pocos espíritus en nuestros días, que para cumplirlas bastan las débiles fuerzas de la naturaleza y las escasas luces de la razón; pero lastimosamente engañados experimentan que el hombre desprovisto de los auxilios sobrenaturales de la gracia, ni conoce á Dios ni le da el debido culto: ni es útil á su prójimo, ni le ama con verdadera erridad: ni sujeta sus pasiones á la razón y á la ley, ni se gobierna por principios de probidad, de castidad, de humildad, ni de mansedumbre. Nosotros pues, que por una particular misericordia del Altísimo nos hallamos ilustrados con las luces de la fe, creemos firmemente que para ser un hombre lo que debe ser para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo; esto es, para

ser un *hombre de bien*, ha de tener un espíritu de religion para con Dios, un espíritu de caridad para con su prójimo, y un espíritu de mortificación para consigo mismo. Esto es ser hombre de bien: esto es lo que fué san Isidro; y esto lo que debeis ser vosotros. Estadme atentos.

I. El santo debió al cielo la gracia singularísima de haberle tocado en suerte, como dice Salomon, una alma buena (1). Tenia una condicion dulce, suave y benigna: un genio blando y tratable: una presencia bien proporcionada, modesta y amable, y una inclinacion natural á toda obra de virtud. Aborrecia todas las travesuras indecentes de los otros niños, todos aquellos juegos poco conformes al virginal pudor, y todas aquellas diversiones nada honestas que tanto suelen perjudicar á las almas en los primeros años. No ignoraban sus cristianos padres esta bella índole y buenas inclinaciones de su niño Isidro, y aunque por su pobreza no pudieron destinarle á la carrera brillante de las letras en las universidades, cuidaron de ser ellos mismos sus maestros, instruyéndole sólidamente en los principios de la religion y en las buenas costumbres. Sus frecuentes amonestaciones y su ejemplo se imprimian como en blanda cera en el corazón dócil de Isidro, y producian los efectos mas prodigiosos. Nada deleitaba mas al niño que la asistencia á las misas, la visita de las iglesias, la frecuencia en el rezo, y el repetir con sus buenos padres la doctrina y las oraciones que devota y cuidadosamente le enseñaban. No sucedia con Isidro y sus padres lo que tan frecuentemente lloramos en nuestros días, al ver unos padres tan lastimosamente olvidados de aquellas grandes obligaciones que la ley santa de Dios les impone, y la misma naturaleza les inspira; y al mirar unos hijos tan inobedientes, tan tercios y tan rebeldes á las instrucciones y ejemplos de sus padres. Permiten unos que sus hijos se abandonen á una vergonzosa ociosidad, y que en ella se llenen de vicios, como necesariamente ha de suceder á quien omitiendo la grande obligacion que todos tenemos al trabajo, no se dedica á una ocupacion honesta. Instan otros para que sus hijos trabajen aun desde sus mas tiernos años; pero omiten lastimosamente la competente instruccion de sus hijos, para que estos ofrezcan á Dios aquellos trabajos con un espíritu de verdadera religion.

(1) Sap. c. 8. v. 19.

De esto se origina que unos por no dedicarse al trabajo, y otros por trabajar sin espíritu y sin dirigirse á Dios, inutilizan los dias de su vida y se pierden miserablemente.

No así Isidro ni sus padres. Estos teniendo presente el decreto de Dios que mandó á Adán, y en él á todos sus descendientes, comer el pan con el sudor de su rostro, dedicaron á su hijo á la agricultura desde su adolescencia, como lo dice nuestra madre la iglesia en el oficio divino de este dia : *Ecce homo agricola iste fuit, quoniam Adam exemplum ejus ab adolescentia sua*. Pero al mismo tiempo que le apartaron de la ociosidad con un trabajo honesto, le inspiraron máximas de religion para que sirviese á su mismo Criador : *Ad serviendum Deo viventi*. Viéraisle por tanto ofrecer á Dios sus obras por la mañana, visitar las iglesias de Madrid en que se veneran las milagrosas imágenes de nuestra señora de Atocha y de la Almudena : asistir con devocion y raro recogimiento á la celebracion de la santa misa, y mantener siempre el espíritu en la presencia de Dios en medio de sus trabajos.

Es verdad, amados míos, que en aquellos tiempos, como en estos, no faltaron lenguas mordaces y malignas que criticaban su devocion, y le acusaban de que por sus beaterías abandonaba el cumplimiento de sus obligaciones. No faltaron personas que haciendo de celosas le acusaron á su amo de que iba tarde al trabajo, por andarse visitando las iglesias; pero volvió Dios por la inocencia de su siervo, disponiendo que su mismo amo viese á dos ángeles que con dos yuntas de bueyes ayudaban á Isidro en el trabajo. Pasmado de esta maravilla, y de haber visto en otra ocasion trabajar solo el ganado, conoció la santidad de su criado y la malignidad de sus acusadores. No fué solamente este prodigio el que manifestó el espíritu de religion que animaba á nuestro Isidro. Dios nuestro señor quiso tambien evidenciarle con el siguiente milagro.

Volvia el santo desconsolado de su trabajo cierto dia por no haber podido oír misa : llegó á las puertas de la parroquia de san Andres de Madrid, y con todo el afecto de su corazon se puso á orar : descendió sobre él el espíritu del Señor, y le elevó en un éxtasis maravilloso en que vió patente el cielo, y celebrarse en él una solemnisima misa, á que asistían y ministraban los ángeles y los santos; y concluída esta volvió á sus sentidos con indecible consuelo de su espíritu. ¿Mas qué mucho que

Dios favoreciese á su siervo con estos prodigios, si Isidro dirigia todas sus obras, todas sus palabras y todos sus pensamientos á la mayor gloria de su Criador? El santo cuando empezaba su trabajo continuaba su oracion, levantando los ojos y el corazon al cielo para ofrecer á Dios aquellas fatigas en satisfaccion de los pecados del mundo. Cuando dejaba el trabajo no dejaba la oracion, la proseguia dando gracias al cielo por aquel alivio. En suma, cuando volvia del campo, y cuando estaba en casa, cuando comia, cuando bebia, cuando viajaba, cuando descansaba, en todas partes y siempre era uno mismo Isidro; esto es, en todo manifestaba su espíritu de religion para con Dios, en la frecuencia de sacramentos, en la continuacion de su oracion, en la recta direccion de sus trabajos, en la asistencia á las misas y en la visita á las iglesias.

¡Qué vida, señores, tan inocente, tan justa, tan religiosa, tan digna de vuestra imitacion! No se os pide que sacrifiqueis vuestros hijos sobre el monte, como Abrahan : que hagais detener el sol, como Josué : que dividais los mares, como Moises; y que ateis las bocas de los hambrientos leones, como Daniel : solo se pretende que conozcais aquel gran Dios que con su soberana providencia mantiene y gobierna este mundo : que agradezcáis los beneficios que tan frecuentemente recibís de sus liberales manos : que le ofrezcais vuestros trabajos en satisfaccion de vuestras culpas, y que os ejerciteis en repetidos actos de virtud, creyendo sus palabras, esperando sus promesas, amando su bondad, y viviendo siempre como Isidro en la presencia de Dios. No se os manda habitar en los desiertos, como los Pablos y Antonios : vestir unas toscas pieles de animales, como los Elías y Bautistas : comer unas insípidas yerbas, como los Estilitas, no señores. Solamente se trata de que á imitacion de Isidro frecuenteis los sacramentos, acudais á las iglesias, asistais á las misas, y conozcais en todas partes que estais delante de Dios, quien os ha de dar el premio ó castigo conforme fueren vuestras obras. Pero nada alcanza para despertar á innumerables cristianos de aquel funesto adormecimiento en que viven sumergidos : de aquella espantosa estupidez é insensibilidad en orden á su destino eterno, y de aquella horrible indiferencia con que miran el cielo y el infierno. Doctrinas, pláticas, sermones, amonestaciones, consejos, libros buenos, ejemplos, reprensiones, todo se inutiliza para muchas

almas, y se ve nuestra piadosa madre la santa iglesia en la dura necesidad de compelerlos y llevarlos como por fuerza á la mesa del Señor? Es posible que en una ciudad tan cristiana como esta haya personas que no cumplan con la iglesia? Sí, señores. No solo es posible, sino que efectivamente las hay. ¡Válgame Dios! ¡Qué distantes se hallan estas almas del espíritu de religion que animaba á Isidro! No seais vosotros, oyentes míos, de esta clase: ofreced vuestras acciones al Señor, como Isidro. Pero acordaos al mismo tiempo de tener para con vuestro prójimo un espíritu de caridad.

II. Esta es aquel vínculo de perfeccion, como la llama el Apóstol, que nos une y enlaza: la caridad es la mas principal é importante de todas las virtudes. El don de lenguas, el de milagros, la inteligencia de las santas Escrituras, el conocimiento de los ocultos senos del corazon humano, el mudar los montes con sola una palabra, sanar á los enfermos, dar habla á los mudos, vista á los ciegos, arrojar los demonios, resucitar los muertos, y tolerar con invicta fortaleza los tormentos mas atroces; todo esto, decia el apóstol san Pablo, es nada, y se reputa por nada en una alma sin caridad (1). Esta preciosa virtud es la reina y corona de las demas, y la que persevera en la gloria, desapareciéndose á la entrada de aquellas puertas eternas la fe y la esperanza. Esta forma en el mundo un corazon y una alma de todos los hombres, á pesar de la diferencia de naciones, edades, sexos, condiciones y estados; porque es benigna, paciente, bienhechora, no se irrita, no busca sus propios intereses, no piensa mal de nadie, todo lo cree, todo lo sufre, todo lo espera. Desterrad esta caridad del mundo, y aunque el hombre es criado para la sociedad, y para mantener con sus semejantes una amigable concordia, veréis trastornado el universo, y todo lleno de una espantosa confusion.

Veréis los hijos sin obediencia, los padres sin amor, los vasallos sin subordinacion, los soberanos sin piedad, los pobres sin paciencia, los ricos sin misericordia; en una palabra, veréis todos los pueblos ardiendo en el fuego de la enemistad, de la inquietud y de la discordia. Esta es la virtud que forma el carácter de un cristiano, de un hombre de bien, de un san Isidro. El santo, teniendo presente aquel admirable consejo que dió

(1) *Epist. I ad Cor. c. 13. v. 3.*

el venerable viejo Tobías á su hijo: *si tienes riquezas con abundancia da, hijo, abundantemente: si tienes cortos bienes da tambien de esos pocos con alegría y buena voluntad*, cercenaba de su corto salario cuanto podia para hacer participantes á sus hermanos los pobres, ciñéndose él á los límites de la mayor frugalidad. ¡Qué espectáculo, señores, tan digno de la admiracion de los ángeles, se descubre en la caridad de nuestro Isidro! El santo se aprovechaba de cuantas ocasiones se le presentaban de ejercitarla. Convidáronle un dia á comer en una funcion de cierta cofradía, de la que era individuo Isidro: tarda el santo en concurrir al medio dia, porque anduvo muy ocupado recogiendo una grande tropa de pobres: llévalos consigo á casa del mayordomo, pero no cabian en ella por ser tantos: dícnle que han comido ya los demas hermanos, y que solo se le ha guardado su parte. Venga enhorabuena esa parte, dice el santo; y tomándola en sus manos entra con ella en medio de sus amados pobres. Acordaos, oyentes míos, de aquel estupendo milagro del Salvador cuando con cinco panes y dos peces alimentó en el desierto á tantos millares de hombres: acordaos, digo, de aquel prodigio; y miradle repetido por la caridad de este santo. Parte aquel poco de pan con sus benditas manos, y en ellas se multiplica de suerte que sobra pan para todos los convidados. Ejecuta lo mismo con la demas vianda; come él, y comen abundantemente sus pobres: quedan todos satisfechos, y sobra comida. ¡Ó qué prodigiosas son las obras de la caridad! ¡Qué benéficas las entrañas de la misericordia!

Mas no penseis que la caridad de Isidro se ceñia á estos límites. Él amaba á todos los hombres, y á todos les procuraba algun socorro. Aun duran en Madrid los pozos de san Isidro, que labró para la comun utilidad. Perenne está la fuente en las cercanías de la corte, que hizo brotar el santo con el golpe de su ahijada, para refrigerar la sed de su amo en los ardores de un abrasado agosto, y para que todos los que bebiésemos glorifiquemos á Dios que tan admirable se manifiesta en la caridad de su santo. Los hospitales le tuvieron por su asistente, los enfermos por su consuelo, los tristes por su alegría, los débiles por su fortaleza, los ignorantes por su maestro, los viciosos por su reprensor, y los justos por su modelo. Los prodigios que justificaron esta verdad fueron innumerables. Escuchad este